







[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

## *Mapaná*

© Del texto: 2000, Sergio Álvarez Guarín

© De las ilustraciones: 2011, Rafael Yockteng

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958- 9002-82-7

Impreso en Colombia por Quad Graphics Colombia S.A.

Primera edición en Alfaguara Infantil Colombia: octubre de 2006

Primera edición en Loqueleo Colombia: noviembre de 2016

Primera reimpresión en Loqueleo Colombia: abril de 2017

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

# Mapaná

Sergio Álvarez Guarín

Ilustraciones de Rafael Yockteng

loqueleg



*Para Sant Ji y para mis hijos  
Sara, Hari, Laura, Arján y Kirpal*





El ruido de los helicópteros rompió la magia del atardecer e hizo mirar hacia el cielo a Colacho, un joven de apenas trece años que, sentado a la puerta de la cabaña, acariciaba la piel de una pequeña boa llamada Mapaná. 9

—¿Qué buscarán? —preguntó al padre mientras ponía la serpiente en el suelo.

El Viejo Miguel, reacio a comentar los problemas de la zona con el hijo, intentaba inventar una mentira para contestar a Colacho cuando el ruido de otro motor llamó su atención.

—Alguien viene río arriba —dijo el Viejo.

Padre e hijo bajaron la mirada y vieron una lancha que se acercaba a la orilla del río.

—Entran para esconderse de la vigilancia del ejército —dijo Colacho quien, a pesar de las evasi-

vas y silencios del Viejo Miguel, sabía que en la región se hacían negocios ilícitos.

—En vez de juzgar a la gente sin conocerla, vaya a la cocina y encienda la estufa —replicó el Viejo, molesto por la impertinencia del muchacho.

10 —¡Ay, papá!, no sea inocente. De lejos se nota que esa gente no vive de sembrar yuca ni platanitos —añadió Colacho con rabia antes de entrar a la cabaña seguido por el desplazamiento sinuoso de Mapaná.

El Viejo Miguel los siguió con la mirada y, cuando los vio desaparecer tras la puerta de la cabaña, alzó la cabeza y contempló El Refugio. Así había bautizado Ángela, la madre de Colacho, el parador de río donde vivían. Examinó con nostalgia la casa de madera cubierta con tejas de zinc, el patio sembrado de árboles frutales, el quiosco con techo de palma y el huerto silvestre que los colonos de la región llaman conuco.

—Roberto Jiménez...

—¡El Tizón! —interrumpió uno de los acompañantes al hombre que se presentaba.

La carcajada de los recién llegados fue general.

—Mucho gusto —respondió el Viejo Miguel mientras veía las escamas que el fuego había tallado en el rostro, el cuello y las manos de El Tizón.

—Tenemos hambre y queremos descansar —dijo El Tizón encendiendo un cigarrillo.

—Aquí no hay lujos, pero la comida es buena y pueden colgar las hamacas en el quiosco —contestó el Viejo encandilado por los reflejos que escapaban del encendedor metálico de El Tizón.

11

—¡Trátenos con cariño, paisano, y le pagamos con el mismo cariño! —añadió El Tizón sacando del bolsillo un fajo de billetes.

La fanfarronería del recién llegado recordó al Viejo Miguel que la selva ya no era el sitio tranquilo donde se había instalado años atrás, sino que se había convertido en una especie de campo minado por donde deambulaban traficantes de animales, traficantes de coca y toda clase de aventureros dedicados al robo y al pillaje.

—¡Listo el fogón! —exclamó Colacho regresando junto a su padre.

A su lado, Mapaná se contoneaba feliz como si ella también hubiera hecho un gran esfuerzo.

—Descanse un rato, hoy trabajó muy duro —sugirió el Viejo intentando hacer las paces con su hijo.

12 Colacho lo miró con desdén y caminó en busca de su rincón preferido en el patio. Se acomodó en un banco de madera, sacó del bolsillo un trozo de carne y, después de atarlo a la punta de un palo, lo acercó a la nariz de Mapaná. La culebra dio un salto para alcanzar la carne, pero Colacho la apartó con un rápido movimiento. La escena se repitió hasta que, atraídos por las carcajadas Colacho y por los veloces movimientos que hacía Mapaná, los huéspedes se acercaron.

—Bonito animal —dijo El Tizón—, ¿cuánto hace que la tiene?

Orgullosa de la admiración que su juego estaba produciendo en los desconocidos, Colacho descuidó la carnada y Mapaná pudo, por fin, comer.

—Un año.

—¿Y no le da miedo?

—¿Miedo de qué?

—Cuando crezca puede ser peligrosa.

Colacho sonrió e hizo una mueca de burla. Confía en Mapaná, la había recogido recién salida de su huevo y la había criado. Con ella pasaba los días,